

Guadalupe Galván Cacería de lo fugaz

Guillermo Vega Zaragoza

En 1948, con apenas quince años de edad, Susan Sontag escribió en su diario: “La poesía debe ser: exacta, intensa, concreta, significativa, rítmica, formal, compleja”. Ésta es una de las más sensatas y completas definiciones de poesía que me ha tocado leer porque abarca los diversos aspectos que deberían observarse en el hecho poético.

Este hallazgo ha coincidido con el reencuentro con la poesía de Guadalupe Galván (México, 1973) a través de su nuevo poemario *Sólo la música*. Dueña de una voz pulida y distintiva, la autora nos ofrece su libro más “personal”; aunque cabría preguntarse: ¿es que hay poesía que no sea “personal”? ¿el poeta puede hablar desde otra “persona” que no sea él mismo?

En sus anteriores libros (*Niebla del día*, *La Casa Azul*—que obtuvo el Premio Nacional de Poesía Enriqueta Ochoa 2004—y *Vals*—al alimón con Brian Allen—), Galván desarrolló una mirada propia, pues, aunque parezca una obviedad, es una poeta que mira, que aprehende lo que ve a través de las palabras, pero no sólo eso, sino que para esa mirada las cosas del mundo siempre son algo más; para ella las cosas son siempre otras cosas.

En el tránsito de estas primeras obras, Galván fue afilando su mirada poética, se fue haciendo más precisa, más exacta—como quería la Sontag—. Además, desplegó una poesía de atmósferas, a través de elementos concretos que van apareciendo continuamente en sus poemas: la niebla, los árboles, las aves, la luna, el mar, la noche, los senderos, el viaje, y que van construyendo los espacios que habitará para que suceda el milagro de la poesía: la poeta se conmueve y nos conmueve a través de lo que mira.

Con la lectura de *Sólo la música* se puede entender que esos logros no eran más

que la preparación para estos 75 poemas que nos enfrentan a la experiencia personal de la poeta ante la muerte de sus progenitores. Desde las *Coplas a la muerte de su padre*, de Jorge Manrique, el tema ha permeado en toda la poesía española, transitando de la elegía al lamento desgarrador. Esto último no sucede con Galván. En su lugar, hay un permanente extrañamiento, un esfuerzo por asir los elementos del mundo que le ayudan a explicarse—y explicarnos— el fenómeno doloroso de la muerte.

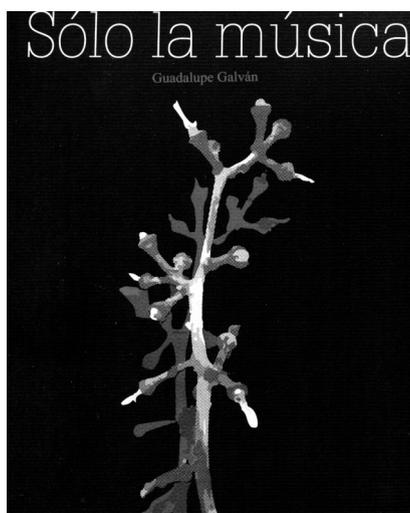
Como alguna vez señaló Octavio Paz, “expresar lo instantáneo no es menos arduo que describir la eternidad”. En sus anteriores obras, Galván trató de apresar el instante, pero en *Sólo la música* busca describir la eternidad que se inicia con la muerte. En aquellos primeros poemas se exigió una ardua disciplina compositiva que llegó a dominar con perfección. Era lo que se necesitaba para emprender la cacería de lo fugaz. No obstante, para acometer el fenómeno inclemente de la muerte es necesario aprehenderse de otros recursos. Para enfrentarse a lo eterno se requiere dominar a las bestias que son las emociones, controlar su fuer-

za, impedir que se desboquen por efecto del dolor y la zozobra.

En poesía, para alcanzar la libertad—para merecerla—, primero hay que rendirse ante las exigencias de la forma. Guadalupe Galván ha cumplido con este *dictum* y *Sólo la música* es su libro más libre, porque necesitaba esa libertad para enfrentarse al material que la realidad le impuso para armar estos poemas, fluctuantes, contundentes, que abordan los diversos momentos de la historia personal y familiar, el desconcierto, la estupefacción ante lo inevitable: “Ella es demasiado grande para contener esa muerte tan pequeña”.

En cuanto a su estructura, los poemas se van decantando poco a poco. No sólo hay un ritmo interno de los poemas sino que el conjunto de la obra establece su propio ritmo de lectura conforme nos introducimos en ella. En ningún momento *Sólo la música* es un poemario empapado por lamentos desgarradores. Más bien, hay leves susurros que se dejan oír, como en sordina, en el gran paisaje de tristeza y desamparo en el que nos deja la muerte de los padres. La autora no se permitió ni una pizca de sentimentalismo y ha preferido trocar su dolor en verdadera poesía.

Sólo la música no es un libro cómodo, como no lo es ninguno de los que ha escrito Guadalupe Galván. Su lectura exige concentración porque cada poema exhibe una complejidad que es necesario desentrañar. No a todos gusta lo complejo, pero la verdadera belleza—la que vale la pena tratar de aprehender en el arte de la poesía—siempre es compleja, nunca se nos entrega fácilmente. **U**



Guadalupe Galván, *Sólo la música*, Literal, México, 2012, 108 pp.